

Rodrigo Olay, *Vieja escuela*, Madrid, Rialp (colección Adonais), 2021, 110 págs.



Esta reseña está sujeta a una [licencia “Creative Commons Reconocimiento-No Comercial” \(CC-BY-NC\)](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/).

DOI: <https://doi.org/10.24197/cel.13.2022.752-755>.

*Vieja escuela*, accésit del premio Adonáis 2020, es el último libro con el que el filólogo y escritor Rodrigo Olay (Noreña, Asturias, 1989) corona una década dedicada a la poesía (*Cerrar los ojos para verte*, 2011; *La víspera*, 2014 y *Saltar la hoguera*, 2019). El título escogido para el libro presenta en sí una declaración de intenciones; es frecuente que Olay no oculte sus predilecciones, sino que insista en ellas en la elección de los paratextos y citas con las que acompaña a los poemas.

Si centramos la atención en el poema «Dedicatoria», que abre el libro, no tardamos en comprobar el dominio del endecasílabo propio clásico, con acento en sexta y décima, alternado entre heroicos y melódicos —a excepción de un verso alejandrino intencionado (v. 13, «ahora ve y busca, caminante, amigo») —: «La mujer que elegí, que me eligió / qué cálida tersura de sus párpados / cuando olvido mi mano en su cintura / Escoge tú los versos, caminante...» (vv. 2-5).

Olay acostumbra al lector con el dominio de la estrofa y dicción clásica, que se ha alzado como una de las características más señaladas en su poesía, a la par que rasgo definitorio de su propuesta estética dentro de las generaciones más jóvenes de autores en el panorama nacional, cuyo sitio se traduce ya como indudable. Olay pone a disposición del lector un despliegue prolífico de maneras para componer versos. Ya bien sea a través de la soleá (como ocurre en «En voz queda», pp. 37-38) o atreviéndose con el haiku en «Lluvia fina» (pp. 90-91), forma que ya había practicado desde su primer libro (recuérdese, v. gr., «Por el ojo de la cerradura», la selección de haikus que aparecen en *Cerrar los ojos para verte*, pp. 22-23; título homónimo bajo el cual ensaya otra selección de haikus en *Saltar la hoguera*, pp. 60-62).

La rima consonante en los pares inaugura el primer poema de *Vieja escuela*, «España, 2019». Precisamente esta primera composición sirve para introducir otro de los rasgos más firmes que se levantan con elegancia en el libro: la red de intertextualidades literarias que guarda tras de sí cada texto. Así, en «España 2019» (pp. 15-16), leemos «este cielo amarillo / y esta luz submarina / parecen un augurio de tormenta. / No sé qué y sí sé que algo se termina». Rima consonante y ecos machadianos esperan bajo un paratexto de

Hernández. El culturalismo presente en la poesía de Olay siempre aparece ante el lector de dos maneras: bien a través de la mención explícita del elemento referente, *v.gr.* «lo cantara Gutierre de Cetina» («España 2019», v. 12), «escribe ya como si hubieras muerto / (Kafka), como si no quedara puerto / seguro, pues no existe más motivo» («Con el tiempo», vv. 11-13, p. 67) o la referencia a Francisco de Aldana, «lo dijo Aldana en Alcazarquivir» (en «Canción de los exiguos antiguos y de los hodiernos modernos», v. 32, p. 71); o bien en referencias implícitas que el autor no tiene intención de mencionar de manera directa, como los ecos machadianos existentes en ese poema inicial, el homenaje a Gil de Biedma a lo largo del poema «Siempre he creído que iba a morir joven» (pp. 25-26) o el guiño a Miguel Hernández en «Regnum Asturorum», «Mi “Asturias de bravura”» (v. 12, p. 55).

Las referencias literarias y los juegos de intertextualidad entablan así un diálogo con el lector desde esas referencias. Como afirmaba Calinescu (1987) en sus *Cinco caras de la modernidad*, el autor que tiene frente a sí un estado de crisis al vivir en una época de agotamiento cultural, impelido para introducir novedades, opta por reformular ideas del pasado e iniciar un diálogo constructivo con la tradición. En esa estética posmoderna definida por ser «esencialmente anotadora [*quotationist or citacionist*] en oposición directa a las vanguardias» —representativa en buena medida de la poesía novísima— se engarzarán también hoy en día la poesía de Olay. «Sí sé que los Antiguos siempre pierden / ¿por qué este raro afán? ¿Será por —que / me lo perdonen los Modernos— Borges, / o sea, como mucho un postantiguo / — quizá prepostmoderno: Jamás compost moderno / (como el de este poema)— (v. 1 y vv. 5-9, respectivamente, en «Canción de los exiguos antiguos y de los hodiernos modernos»), que alude a la expresión, desacreditadora del Modernismo, «Góngora pringado en compota americana» de Emilio Ferrari.

Así, junto a los anteriormente citados, es frecuente encontrar por las páginas de *Vieja escuela* versos del Cancionero de Baena, de Garcilaso, de Luis Rosales, de Antonio Gamoneda, del novísimo Guillermo Carnero. Quiero detenerme sobre el último de estos nombres, Guillermo Carnero, referencia explícita para Olay y espejo que aparece en la poesía del joven autor asturiano. La propuesta estética que presenta Olay conecta con la poesía escrita por Carnero y le es afín en varias circunstancias, amén del culturalismo anteriormente mencionado y los frecuentes juegos de intertextualidad y autorreferencialidad literaria; como sucede en el poema «Personalidad múltiple», con una cierta jactación de ese mismo rasgo que solo el propio autor puede realizar: «Roderick en *Cerrar / los ojos para verte*» (vv. 20-21, p. 20) o el poema «Acusado por los críticos literarios de...» (en efecto, otra

cita de Ángel González» (p. 68). No en vano, Carnero es uno de los propios paratextos en el poema titulado «Víctimas», una de las creaciones, dentro de este último libro de Olay, que mejor muestra un conseguido equilibrio entre lo vivencial y la desautomatización que involucra el ejercicio poético, la vuelta de tuerca del lenguaje de la que hablaba el autor valenciano y que Olay hace imperar por norma general en su poesía. Citará Olay, «La verdad acontece con el daño», el v. 23 del poema «Retorno a Greenwich Park» de *Verano Inglés* (1998), libro con el que el novísimo valenciano se alzó con el Premio Nacional de Poesía. Como rezan otros versos pertenecientes a «Ostende» de Guillermo Carnero (*Ensayo de una teoría de la visión*, 1977), «En el dolor se engendra la conciencia. / [...] En el vacío / no se engendra discurso, / pero sí en la conciencia del vacío». La memoria del dolor cruza *Vieja escuela* paralelamente al reconocimiento del ejercicio introspectivo y al nacimiento del ejercicio literario. Y es en ese ejercicio literario donde sucede la búsqueda constante del yo, en diálogo con los paratextos: «y en algún lugar, dónde / quizá yo» (vv. 29-30 que cierran «Personalidad múltiple», p. 20).

No obstante, la heredad de Rodrigo no se agota en el texto literario, proviene del legado familiar y del peso de la memoria. Especialmente emotivos son los poemas en los que el autor busca sus raíces junto al recuerdo de sus abuelos —como ocurre con Miguel d'Ors, con quien no en pocas ocasiones han vinculado a Olay—. Sucede así en «Buenavista» (pp. 21-24), seguidilla que dedica a su abuela Gelina, en título que alude a la zona de Noreña en la que vivía su abuela y donde creció Olay niño: «Si donde yo, / tú donde, abuela» vv. 67-68; o en el verso final del poema «La Vega» (p. 52), donde desea «Solo ver otra vez a mi abuela Jovita».

«Mi rostro que es el rostro de mi padre y el rastro de una herida» escribe Olay en «Siempre he creído que iba a morir joven» (*Vieja escuela*, pp. 25-26) donde ensaya la narratividad del poema. Versos que recuerdan a «Y por amor a la memoria llevo sobre mi cara la cara de mi padre» de Yehuda Amijai, citados también por Abad Faciolince. Misma narratividad que ya puso de manifiesto en el poema «Es la última noche de Alexander Aliojin», pp. 49-52 en *La víspera*; o, el poema «2.º B» *Saltar la hoguera* (pp. 28-29) donde de nuevo visita la clase escolar. El trabajo de Olay, como vemos, es una pertinaz indagación en temas y formas, en los que insiste y a los que vuelve, y en la que presenta una evolución dentro de su trayectoria.

Quien conoce la poesía de Olay desde hace tiempo, sabe que el amor tiene un lugar destacado dentro de su poesía. Los mejores poemas los guarda a quien dedica «Media vida»: «Amor, la llama única. / Amor, la única llama» (v. 14, p. 41); o el final del poema «Iberia 0479», transparente en su

significado (pp. 39-40): «quisiera ser como ellos dos, qué otro, / si no fuera por ti, por mí contigo» (vv. 27-28). El amor, pero también la amistad; pues no solo Caravaggi («Pávia, p. 49), Borges («Canción de los exiguos antiguos...», p. 69), Aldana (*ibid.*, p. 71, v. 32), Ulises («Ítaca», pp. 77-78), desfilan por los poemas de *Vieja escuela*; junto a ellos lo hacen los amigos de la infancia del autor: ya se imagina el poeta con sus amigos en Urueña, «persiguiendo las páginas amadas» (v. 7, p. 45); ya se había recordado anteriormente de país en país en los versos finales de «*De vñta philologica*»: «qué buscábamos, dime. No. Qué importa» (versos finales, pp. 39-40 en su libro previo, *Saltar la hoguera*).

Lo confirma claramente Olay en el último poema que compone *Vieja escuela*, «Envío» (p. 99): «Canté el dolor, porque su fuego ardía / con columna más alta...» (vv. 1-2) y, más adelante, «las palabras, la sangre y la amistad» (v. 15), tras lo que se despide con el deseo inmenso de vivir.

Hace diez años, Olay ya escribía en «La verdad en el arte es la belleza» (*Cerrar los ojos para verte*, p. 56): «No quiero acostumbrarme a tu hermosura [...] que sea tarde para arrepentirme / y jure no haber dicho estas palabras. / Pero no acostumbrarme / pero nunca olvidar el milagro» (v. 1 y vv. 23-26, respectivamente). Celebro esta nueva publicación y premio con ella el reconocido recorrido de su propuesta poética. Junto a él, coincido: «Las noches que pasé frente al tablero / me enseñaron a amar la geometría / y que vence quien sabe resistir» (primer terceto del soneto «Poética», p. 15 en *Saltar la hoguera*).

Uno entra en la poesía de Olay a buscarse y a buscar, a dialogar con Olay mismo y con los otros, riqueza que se hereda en ritmo y lenguaje y de la que él se sabe digno depositario. «Te quería en kilómetros de niebla», el ver y la incapacidad de ver, la limitación física como dolor («Víctimas», la ceguera en «Siempre he creído que iba a morir joven», los versos iniciales del poema «CV», *Saltar la hoguera*, p. 30: —«Las veces que mordiste hiel, las otras / que una herida en tu rostro y, más, el tiempo...»—) pero, a cambio, el triunfo del trabajo del verso y los frutos que ofrece la heredad. La victoria es evidente, pues al otro lado del abismo del espejo y el papel, siempre aguarda para él el amor con quien se conmuere —verso procedente de «Media vida», poema escogido por Olay para la ceremonia donde se falló el Adonáis en la Biblioteca Nacional el pasado invierno—.

ESTEFANÍA CABELLO

Universidad de Córdoba (España) / Universidad de Exeter (Reino Unido)

[I12caroe@uco.es](mailto:I12caroe@uco.es)